



Jóvenes y lectura, ¿un binomio posible en el aula?

♦ ROSA MARÍA SÁEZ VACAS

Cada año, al plantearnos el nuevo curso escolar, los profesores de Lengua castellana y Literatura sufrimos verdaderos quebraderos de cabeza, y no siempre por la distribución de la programación o por la metodología más apropiada, asuntos ya de por sí con la suficiente entidad, sino por la elección de las lecturas más adecuadas.

Sin duda, uno de los asuntos de mayor interés de nuestra área es éste. En él se halla la base del vocabulario y cultura de los alumnos e incluso de su facilidad o no de acceso a otras áreas, relacionadas en mayor o menor medida con la nuestra. De ahí que una buena selección de lecturas constituya un punto de apoyo de considerable importancia. En innumerables ocasiones, un libro bien elegido puede ganar adeptos entre aquellos chicos y chicas claramente desmotivados hacia ella. Si el desafecto a la lectura constituyese un hecho raro y aislado, este asunto no presentaría tanto relieve; pero el profesor de Lengua comprueba a diario cómo la cultura de la imagen ha ganado la batalla y son pocos los chicos que saben sustraerse a ella para dedicar algún tiempo a temas que requieran mayor esfuerzo o fuerza de voluntad. La lectura se plantea, así pues, como un trabajo gravoso para el alumno desmotivado. Le supone un esfuerzo que comúnmente se ahorraría de no ser obligado por el profesor, pero el mismo hecho de su obligación le sitúa en un plano de indiferencia, cuando no de claro rechazo. Éste es el "quid" de la cuestión: no se lee porque no gusta y hay que esforzarse, pero si la lectura es obligada, tampoco resulta el mejor argumento para disfrutar de ella.

¿Qué objetivos?

El profesor de Lengua castellana y Literatura conoce la posición del alumno desmotivado ante la lectura, sin embargo no puede abdicar de su deber de mandar leer libros, puesto que forma parte de los alicientes de su área, dado que conoce el placer que proporcionan y que esos chicos están perdiendo. Por tanto, son dos los objetivos que el profesor debe perseguir con su selección de lecturas: uno, que estén relacionadas con la programación y le sirvan de punto de apoyo y, en segundo lugar, que aspiren a llenar ese espacio recreativo que un gran número de chicos y jóvenes tienen tan vacío y que tantas satisfacciones les proporcionaría si supieran llenarlo.

Con frecuencia, estos dos objetivos se presentan como contradictorios, al menos desde el punto de vista del destinatario, que es el que hay que contemplar. Entonces se plantea un dilema ¿qué hacer? ¿decidirse por uno y rechazar el otro? Sin duda, el ideal sería tratar de observar los dos e intentar presentar en su aspecto más lúdico aquellas lecturas más ajenas a los actuales gustos de los alumnos, lo que requiere del profesor considerables dosis de inventiva para conseguir acercar estos textos a las mentalidades actuales.

No es tarea sencilla comprender y, sobre todo, apreciar, un clásico de nuestra Literatura del Siglo de Oro, por ejemplo, cuando se carece del vocabulario, conocimientos y, en general, de los recursos necesarios para acceder a él. Para eso está el profesor, pensarán casi todos; pero con frecuencia éste debe luchar además contra el desinterés y la apatía y con la idea preconcebida de que todo clásico, por el hecho de serlo, es árido e incomprensible; y no hay nada tan complicado como hacer entrar al que ya de entrada se cierra.

El profesor, por poco tiempo que lleve impartiendo clases, cuenta -tiene que con-

tar-, con esta posibilidad y si decide optar por lecturas próximas al programa de Literatura, lo que en ocasiones debe obligatoriamente hacer para conseguir sus objetivos, deberá escoger aquellas que se hallen más próximas al alumno por el tono (una novela corta, picaresca, por ejemplo; una comedia de Lope de Vega...) y por la versión (actualmente hay muchas y buenas colecciones de clásicos para jóvenes). Aún así, se imponen maniobras de acercamiento al texto por parte del profesor, como una lectura comentada previa a la particular de cada uno.

Pero el objetivo prioritario de un profesor de Lengua debe ser dirigir hacia la lectura cuantos más alumnos mejor y, en especial, a los recalcitrantes, los que sienten miedo de acercarse a un libro, miedo que en muchos casos no es más que pereza y comodidad o el resultado de no haber encontrado el libro adecuado en el momento preciso. Por ese motivo, habrá que estudiar muy bien el grupo de alumnos y conocer sus preferencias si es posible antes de recomendar o mandar un libro. El sistema lleva tiempo, si bien los frutos pueden ser excelentes.

Muchas personas deben su aversión a la lectura y también su fracaso escolar a esta deficiencia, porque ¿cómo leer con gusto, por interesante que sea, un texto en el que se tropieza continuamente y cuyo contenido permanece oscuro? La tarea de estos alumnos es similar a la que realizaría un ser débil, sin fuerza, obligado a picar piedra.

Éste es un problema más frecuente de lo que se cree. Sería muy complicado buscar culpables: ¿los profesores, los padres, los niños, los planes de estudio, la propia sociedad...? Lo cierto es que convendría poner remedio y considerar la lectura como uno de los objetivos prioritarios cuyo descuido compromete seriamente el progreso del alumno en la enseñanza en general. La

escuela, pero también la familia, deben comprobar la progresión lectora de los niños y motivarla.

Cuentos y relatos cortos

En caso de apremio, se puede adoptar el recurso de los cuentos que, en lectura oral, proporcionan inmejorables resultados, si se consigue encomendar la tarea a alumnos con buenas aptitudes para ello, ya que un inconveniente grave para promover en las aulas esta afición es la deficiencia lectora que presenta un grupo más que importante de jóvenes.

El cuento es, en todo caso, un buen recurso. Reúne todas las condiciones para captar la atención: es breve y ameno, y no hay que esperar a otro momento para volver sobre él, de modo que el alumno se siente interesado por conocer el final y sabe que lo conocerá en el tiempo que dura una clase. Si en alguna ocasión debe enfrentarse él solo con otro cuento, sabrá al menos que no lo tendrá tan complicado y que los resultados serán rápidos. Conviene, por supuesto, escoger relatos no excesivamente literarios, con vocabulario sencillo y accesible y de tema bien definido. En ese sentido, los relatos de terror de Guy de Maupassant o de Edgar Allan Poe resultan inmejorables, pues la mayor parte de los adolescentes gustan de las emociones fuertes. Se sienten igualmente interesados por los relatos que presentan situaciones insólitas o sorprendentes y por los centrados en temas amorosos o de relaciones entre padres e hijos.

Cine y lectura

Nosotros, los profesores, tenemos que contar con los recursos que nos proporcionan la edad, y por lo tanto, los gustos de nuestros alumnos porque cuanto más logremos acercarnos a ellos más fácil y gratificante será nuestra labor. No podemos ignorar la fuerza que tienen entre ellos la televisión, el cine y la publicidad y tenemos que aprovecharla para nuestro fin, que no es otro que lograr hacer buenos lectores y personas interesadas por la cultura en general. Con ese objetivo, la utilización en el aula de algún libro del que exista la versión cinematográfica puede dar, y de hecho da, mucho juego, y si conecta con los problemas actuales de la juventud, tanto mejor. Ese es el caso -por poner un ejemplo concreto, aunque muchos otros pueden responder a características similares- de la novela *Morirás en Chafarinas* de Fernando Lalana, autor aragonés muy conocido, especializado en Literatura juvenil. La novela ya era conocida desde 1990; lo fue más a partir de 1991, en que obtuvo el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil;

pero cobró un renovado interés por los comentarios de los medios de comunicación sobre la película del mismo nombre. Se propuso su lectura a los grupos de alumnos de 4º de ESO, que reaccionaron muy positivamente, una gran mayoría conocía el título y también los actores que trabajaban en ella.

He aquí el poder de la televisión, del cine, de una película. Esta situación incitó a todos los alumnos, hasta los más reacios, a tener una postura favorable a la novela e inmediatamente se sintieron interesados por ella. Los profesores procuramos sacar partido al tirón publicitario y contribuimos a acrecentar los deseos de leerla, iniciando la lectura del primer capítulo en el aula.

Hay que señalar que esta novela en concreto se prestaba muy bien a nuestros propósitos motivadores. Es ágil y dinámica y utiliza un lenguaje desenfadado, pues trata de jóvenes reclutas que hacen la mili en las islas Chafarinas. El relato arranca con un hecho trágico rodeado de misterio, que poco a poco se va complicando y resolviendo con un ritmo vivo, muy del gusto de los chicos.



“Habrá que estudiar muy bien el grupo de alumnos y conocer sus preferencias si es posible antes de recomendar o mandar un libro”.

A partir de ahí, los aspectos técnicos pudieron ser trabajados, en alternancia con los meramente comprensivos. La lectura proporcionó también la ocasión de fomentar la expresión oral y escrita sobre temas interesantes para los alumnos: la mili, las drogas, el amor, el compañerismo, la amistad... Los factores trabajados enriquecieron a los alumnos en muchos campos. La lectura y las actividades en torno a ella les permitieron expresar sus ideas y buscar las palabras para discutir o contradecir las de otros. Aprendieron a conocerse mejor y abrieron una ventana para la confianza. En definitiva, el libro se convirtió en algo vivo y que mereció la pena leer, porque no se trataba de un fósil que pudo tener vida, aunque mucho tiempo atrás. Pensemos que para un muchacho que tenga quince un fósil puede ser todo lo que supere en veinte o veinticinco años su edad.

* **Roma María Sáez Vacas** es Profesora de Educación Secundaria del IES de Navalcarnero (Madrid) y coautora del libro *Los niños leen* (Pamplona: Eunsa, 1982)

PUBLICIDAD